

Radicalmente

*“El querer conciliar la fe con el espíritu moderno
conduce a mucho más allá de lo que se piensa:
no sólo al debilitamiento, sino a la pérdida total de la fe”.*
S.S. San Pío X



La masacre de Antioquía

Hace falta una cruzada de verticalidades

25 de agosto, 2017 11:33

Krísis... en camino hacia la reconquista

(De la encina a la Acacia. De la universidad al seminario).

*“Una ola sucia y podrida —roja y verde— se empeña en sumergir la tierra,
escupiendo su puerca saliva sobre la Cruz del Redentor...”*

Cruzados porque de cruz se trata. Sin odio, que no lo necesitan ni el cuchillo ni el hacha. Se asaltan las murallas porque el enemigo ha hecho guarida en la ciudad santa. Tenemos que arrojarnos, hoy como en el heroico entonces, al rescate del alma y la conciencia: los selyúcidas nuevos, han vuelto a usar de la traición para que los muros quedaran intocados. Es adentro donde la

víbora devora. La maléfica baba del comunismo y del hedonismo, se aprieta en sus mandíbulas diabólicas.

Krisis llama a asalto. ¿Lo sé? ¿Me importa? ¿Será posible que, en lugar de arremeter con ira, metas a tus hijos en la calamitosa ciudadela donde profesan los de la negra toga, que en sus entrañas es verde y es roja? Aquellos esforzados cristianos no tenían a nadie en Antioquía. Lucharon por destruir vilezas, por la puerca saliva que a ellos, que venían desde tan lejos, nos les había escupido -¡tú tienes a los tuyos adentro!-; pero escupía a la verdad, la dignidad, ofendía a la decencia y al honor, escupía al Cristo.

Te es imperativo clavarles en el hondón del alma el tizón encendido de la redención; a la fuerza, sin contemplaciones, bestialmente, que para salvarles todo es concedido. *“Duele ver que, después de dos mil años, haya tan pocos que se llamen cristianos en el mundo. Y que, de los que se llaman cristianos, haya tan pocos que vivan la verdadera doctrina de Jesucristo. ¡Vale la pena jugarse la vida entera!: trabajar y sufrir, por Amor, para llevar adelante los designios de Dios, para Corredimir”.*



"Los cruzados sabían que tendrían que tomar la ciudad antes de que llegara Kerbogha, si querían tener alguna oportunidad de sobrevivir..."

¿Sobreviviremos? Se reconquista, ante todo -ino sé si te sorprenda!-, con los muchos hijos, para parir muchos cruzados. Llenar la casa. ¡Ningún rincón vacío!: bulla, atolondramiento, hormiguitar de risas. Fue el primer mandato: ocurrió hace 195,000 años; miles y miles antes del Moisés de los diez, sólo añadidos los dados en el monte ardiente y el retumbar del cielo. Primero lo primero: ocurrió, fue dádiva y no mandato, en el comienzo de los tiempos, al escribir el primer renglón de nuestra historia, al animal y al hombre, el mismo y primigenio mandamiento:

"En el principio creó Dios los cielos y la tierra.

La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas."

Y antes del jardín, antes del árbol del bien y del mal en medio... al animal: *"Y los bendijo Dios, diciendo: Creced y multiplicaos y henchid las aguas del mar y las aves crezcan en la tierra."*

Al hombre: *"Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó. Y bendíjolos*

Dios, y díjoles Dios: «Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra.»"

Fue, para Dios, lo primordial. No podía perder tiempo y se apresura a estipularlo, aún antes del roturar de tierras. Sólo después les hablará del árbol, para que no murieran. Y los expulsa sin ley adicional: 195,000 años tendrían que transcurrir para que se añadiera ningún otro mandamiento. La familia, como navío grande y estruendoso encima de las olas. Si no lo es, inmensísimamente numerosa, no habrá arcipreste, militar, poeta, navegante, multiplicados héroes, esforzados santos.

Después, que viene en término segundo e insoslayable, guerra. Lucha fieramente, envuélvete, no repitas con el cotarro que la política es asquerosa. Hazte presente, escribe, habla, quéjate, exige, cumple, obedece, yérquete: te toca a ti y no al "otro" -ni al rector ni al obispo-; milita, loa la lid; usa tus manos, tus uñas, tu mente, tu pecho de valiente. ¡Combate! Y niégale tus hijos al insolente.

También, apéndice del proliferar y de la pugna, estudia, fórmate, cultívate, sé confesor. Y métete en la vida de los otros, como Dios lo ha hecho con la tuya: corrige, alienta, coacciona desvergonzadamente santo, sé intransigente, no hay otro modo: maza terrible con finura de caballero que es cristiano. Y con el optimismo del bizarro, sonríe: repleta al mundo de sonrisas que es consejo de Teresa, la que lo dijo seriamente.

Pero entonces, querido mío, te habrás muerto: muerto al mundo y vibrante a la legión de picas y alabardas: estarás convertido; y convertido, de rodillas, hincado, reza. Sólo entonces, amigo, comprenderás que sin rezos no hay nada, que sin ello fracasas, aunque creas que venzas. Tienes que ser un trozo de su brazo,

Ecce non est abbreviata manus ejus, ique Su brazo no se ha acortado!

¡Son, todos, tan tuyos y necesitan tanto! No los desatiendas, transmútales el pecho e incrustales a Dios en la cabeza "Escucha, Israel: Yahvé, nuestro Dios, es Yahvé-único. Y tú amarás a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Graba en tu corazón los mandamientos que yo te entrego hoy, repíteselos a tus hijos, habla de ellos tanto en casa como cuando estés de viaje, cuando te acuestes y cuando te levantes. Grábalos en tu mano como una señal y pónelos en la frente como tu distintivo; escríbelos en los postes de tu puerta y a la entrada de tus ciudades." ¹

Hace ya mucho que no estamos en guerra. Vivimos ocupados. Estamos en lo que Kiyosaki ha titulado la pereza de estar ocupados. Es la manera de no encarar lo que tenemos que encarar. El modo más común de la pereza: el de estar ocupados. Hemos, displicentes, abandonado el guerrear y el velar, porque encallece; porque es tarea seria, adusta, y ciñe y nos reclama. Hemos abandonado nuestros hijos en manos de maestros que no conocemos, acaso retorcidos, malformados, indignos --¿cómo saberlo? --. La religión de nuestros hijos, la moral hermosa, la beben o mal beben -desconozco la pureza de las aguas- los domingos... No. No nos han arrebatado nada. Hemos claudicado.

Costará mucho el recobrarnos de la desgana, de la desidia, de tanta incuria, mientras el enemigo trabajaba. ¡Pero podemos! Mil años dedicamos a conquistar el Occidente, y destinaremos los que tengamos que emplear para la reconquista de la tierra. ¡Bien empleados! ¡A alzarnos hoy, ahora, aquí! Hay crisis. ¿Lo sabemos? Es desempeño nuestro el revertirla, para eso hemos sido contratados, para formar los formadores, para pescar pescados de los grandes y arreglarles los dientes formidables y las agallas.

Marxismo. Hedonismo. De la encina a la Acacia. *Una ola sucia y podrida —roja y verde— se empeña en sumergir la tierra... Y Él quiere que de nuestras almas salga otra oleada —blanca y poderosa, como la diestra del Señor—, que anegue, con su pureza, la podredumbre de todo materialismo y neutralice la corrupción, que ha inundado el Orbe: a eso vienen —y a más— los hijos de Dios.*



Shoushannah, del hebreo, articulación de pétalos de flores, de forma consensual, la flor de la azucena, del lirio blanco: el símbolo ancestral de la pureza, y de la castidad ie integridad!, Susana, el alma de tu hijo. *“Sé que, si hiciere esto, muerte es para mí; y que, si no lo hago, no escaparé de vuestras manos.”* No hay mayor infamia que entregar dos mentiras, e invitar a discernir cuál de ellas encierra la verdad. ¡Falsean el seminario, falsean el aula universitaria! Dos viles viejecillos. Cómo Susana, atrapados entre la encina y la acacia. A Daniel le importó. Clamó, convocó, juzgó. ¿Terminarán los viles viejecillos apedreados?

Si te empeñas, si luchas por la reconquista heroica, cuando llegue Kerbogha será muy tarde para ellos. Ya los habremos masacrado.

Jorge J. Arrastia.

Nota: Expreso, obviamente, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo.
Jorge.

¹ Deuteronomio, 6 - 4-13